

9315  
(SÁGITO)

---

# SOLFEOS

---

RIPIOS

DE

Don Antonio de Valbuena.

---

MEXICO

GUILLERMO HERRERO Y COMPAÑIA  
SAN JOSE EL REAL NUM. 3.

1894

# SOLFEOS



(SÁGITO)

# SOLEFOS

— — —

RIPIOS

DE

Don Antonio de Valbuena

81.399  
52.354 d. M. d.  
MEXICO

GUILLERMO HERRERO Y COMPAÑIA

SAN JOSE EL REAL, NUM. 3.

1894



---

Propiedad registrada conforme á la ley.

---

---

# I

El Sr. D. Antonio de Valbuena es conocido en toda tierra donde se habla el español. Se le conoce por *sus* Rípios — ajenos — de varias clases. Pero no se le conoce en *sus* rípios verdaderamente suyos.

Para solaz de mis lectores y provecho del mismo Sr. de Valbuena, me propongo la grata y gratuita tarea de exhibirlo en todo su esplendor.

Tengo á la vista su último libro RIPIOS ULTRAMARINOS — así con U mayúscula — y poreste libro pasearé á mis lectores — esto es figura se en-

tiende—y de paseo iremos solfeando.

El libro comienza con un exordio que dice:

Va á hacer dos años que tuve *el gusto* de recibir la siguiente carta:

Ustedes se han figurado que el Sr. de Valbuena tiene un gusto muy refinado; ¡pues nada! ya verán la carta que tuvo *el gusto* de recibir. Quedamos en

la siguiente carta:

*Minatillan*, (México.)—Junio—9—1891  
—Sr. D. Antonio de Valbuena.—Madrid.  
Muy señor nuestro.

Muy señor mío, digo yo, para hacer á Ud. esta reflexión:

No hay *Minatillan* en la República Mexican; hay, en el Estado de Veracruz, un pueblo de 1,300 almas llamado Minatitlán; pero las gentes de allí no escriben al Sr. de Valbuena, por la misma razón que cierto cura tenía para no repicar.

De modo que al primer tapón.....zurrapas geográficas.

La carta continúa con elogios al

Sr. de Valbuena y avisándole que se le remiten

algunos versos de los poetas mejicanos más conocidos, á fin de que, si á bien lo tiene, sea Ud. servido de *tundirles la pavana*, á ver si así nos dejan vivir en paz.

*¡Tundirles la pavana!* ¡Ya lo decía yo! No hay tal carta de Minatillan ni Minatitlán. Si, por una de esas perturbaciones cósmicas, inesperadas é incomprendibles, la carta fuese realmente de algunos minatitlenses, éstos no habrían dicho *tundirles la pavana*, sino *darles una*..... ¡Vamos, que no me atrévo con la palabrota!

Sigue la carta:

Esperamos, pues, Sr. de Valbuena, que, si alguna vez se dedica Ud. á escribir sobre *Ríos Ultramarinos*....

*¡Canastos!* Eso de escribir sobre ríos debe ser muy incómodo, aun cuando sean ultramarinos. Es preferible escribir sobre una buena carpeta. No, si no puedo creer que eso lo escriban los de Minatitlán. Si eso parece que Ud. lo escribió, Sr. D. Anto-

nio; y lo escribió así como dice, sobre  
ripios. Con razón tuvo Ud. *el gusto de*  
*recibir* la carta.

.... *Ripios Ultramarinos*, no deje sin su ja-  
bonadura á los *aztecas*; recomendándole muy  
especialmente á Gómez Vergara, Puga y  
Acal, Montes de Oca,—*así con coma*—y Lu-  
chichí, que están para un *rifi-rafe* que no  
hay más que pedir.

Convengamos, Sr. D. Antonio, con  
toda ingenuidad, en que eso de *rifi-  
rafe* es de por allá, de Melilla, y no  
de Minatitlán.

La carta termina con el besamano  
acostumbrado y

(Siguen tres firmas)

según dice el Sr. D. Antonio; y él ter-  
mina su *Exordio* manifestando á los  
lectores que no pudo resistir á la ten-  
tación que le inspiró la tal carta y que

Ahí van, pues, los **RIPIOS ULTRAMARINOS**,  
sin permiso del *Duque Job* que.....  
escribajea en México y dice *tonterías* en ver-  
so y en prosa sin *gracia* ni *sintaxis*.

¡Ajá! ¡Con que hay quien diga, ó  
escriba, *tonterías*, y no *tonterías* á se-

cas, sino *tonterías sin gracia!* ¡Cosa más rara!

Y así termina el Sr. de Valbuena la introducción de su libro; y pasa inmediatamente al capítulo I; — artículo le llama el Sr. D. Antonio — y allí entra, el primero para la tunda, el Sr. D. Manuel Puga y Acal con una.... una.... p.... ¡vamos! una cosa titulada *Las Golondrinas*.

Dejemos hablar al Sr. de Valbuena.

¡Pobrés golondrinas!

Desde que D. Antonio Cánovas trató tan malamente á una de la clase, llamándola *aventurera* y otros improperios,....

¡Conque el Sr. D. Antonio Cánovas llamó *improperios* á una golondrina!

¡Válgame Dios, Sr. de Valbuena, qué tocayo tan *improperio* tiene Ud.!

Y por cierto que este D. Manuel es joven, cualidad que no conocería yo, si mis amables e ilustrados comunicantes no la hubieran puesto por nota marginal en el cuerpo del delito.

Pase, Sr. D. Antonio, que el ser jo-

ven sea una cualidad; pero eso de que sus ilustrados comunicantes hayan puesto *una cualidad por nota marginal*, y no donde quiera, sino en el cuerpo del delito, francamente, eso sí que no puede pasar.

.... cuerpo del delito.

No sucede lo mismo con otra cualidad de D. Manuel, con la de mal poeta, que aun cuando mis comunicantes se la callaran, la hubiera yo conocido en seguida.

En cuanto hubiera empezado á leer sus versos.

¿En qué quedamos? La hubiera Ud. conocido en seguida ó en cuanto hubiera empezado etc.?

En cuanto hubiera empezado á leer sus versos. Que dicen:

“Acércase el invierno;  
Las selvas silenciosas  
Sus hojas abandonan....”

¿Ven ustedes?.... Esto ya no va bueno.

¡Ya no va bueno! Aquí sí que reconozco la frase como legítima minatiatlense. Allí oirá Ud. todos los días diálogos como este:

—Préstame tu cuchillo.

—¿Para qué loquieres?

—Para bueno.

¡Conque *no va bueno!* ¡Ah, Sr. Valbuena; que se me figura que Ud. escribió la carta y los minatitlenses el libro!

Esto ya no va bueno.

Porque *silenciosas*, además de ser ripio y consonante de unas *mariposas* que vienen más abajo, . . .

Vamos, esto sí que *no va bueno*. Eso de que *silenciosas* sea ripio de unas *mariposas*, no lo entiendo, ni Ud. lo entiende, ni lo entiende tampoco el Duque que no es Duque aunque sepa decir *tonterías tontas*, digo, sin gracia. En cuanto á que *silenciosas* sea consonante de *mariposas*, puede ser que tenga Ud. razón.

Siguiendo á D. Antonio llegamos á una estrofa de D. Manuel Puga que termina así:

“Las pardas golondrinas  
Se empiezan á reunir.”

Y el Sr. de Valbuena dice.

Ni este verso es heptasílabo, sino octosíla-

bo, (porque *reunir* tiene tres sílabas), ni las golondrinas son pardas sino negras, con la *pechuga blanca*, . . . .

La pechuga blanca, ¿eh? Supongo que eso será cuando esté guisada; porque en vida, ó en crudo, el animalito tiene la pechuga color de carne. Las plumas que cubren las pechugas de las golondrinas serán blancas, en Madrid, no lo discuto.

Sigamos.

Analiza, el crítico, *llamémosle así*, un estrofa en la que las golondrinas de D. Manuel dicen que al año venidero volverán todas, pero que de pronto es fuerza que partan, y exclama:

Por supuesto, que nada de eso dicen las golondrinas, de seguro.

Y yo pregunto: ¿es por *supuesto* ó de *seguro*? Porque es bueno saberlo de fijo.

Saltemos por sobre una pequeña disertación psíquico-golondrinesca del autor y veamos más adelante.

Como no es verdad, digo, que se vayan . . .

Habla de las golondrinas.

.... que se vayan por fuerza ni porque nadie las eche á surriagazos,....

Pues qué, ¿le parece, al Sr. D. Antonio, leve *zurriagazo* el que un poeta, tan malo como el Sr. Puga, cante á esas pobres golondrinas que son negras, con la pechuga blanca?

.... á surriagazos, sino porque quieren, porque el instinto las avisa la conveniencia de marcharse [y buena prueba de esto es que algunas se quedan];....

¡Ay, Sr. D. Antonio! El *instinto* del buen sentido me *avisa* la *conveniencia* de detenerle aquí para preguntarle si de veras ¿cree Ud. que una *buena prueba de la conveniencia de marcharse* es que *algunas no se marchen*?

Más adelante copia el autor lo siguiente de D. Manuel Puga:

“Mi viaje no es muy largo:  
En la risueña *Niza*,  
Un nido en un *tejado*  
Me ofrece su quietud.

El prado siempre verde,  
Suavísima la *brisa*,....”

Y dice:

Que por suavísima que sea, no puede ser consonante de Niza.

Ya veremos, si llegamos hasta allá, cómo en la página 49, del libro que vamos leyendo, el Sr. D. Antonio, que también hace versos, malos por supuesto, encuentra que *llave* es consonante de *acabe*.

A más de que casi no se puede creer que ninguna golondrina *vaya* á invernar á Niza. Mejor *invernarian* en nuestra Málaga, que es mucho más templada que Niza.

¡Santiago, y cierra Antonio!

Con que en vez de que la golondrina *vaya* á invernar á Niza, mejor ella, la golondrina, *invernarian* en Málaga.  
¡Soberbia concordancia!

Por lo demás soy de la opinión de Ud. Mejor que en Niza, la golondrina, *invernarian* en Málaga y *aprovecharían* el invierno bebiendo de lo añejo y aprendiendo peteneras; y á su regreso *dejarán* muy complacido, con sus nuevas habilidades, al Sr. D. Manuel Puga y Acal.

... más templada que Niza.

¿O cree el Sr. Puga que las golondrinas

son aficionadas á la ruleta y á otros vicios que constituyen el atractivo de Niza como estación de invierno?

Yo no sé lo que creería el Sr. Puga; pero puedo apostar á que ahora cree, de acuerdo con Ud.—y conmigo —que las golondrinas son aficionadas á las cañas y á la guitarra, y es seguro que no ha de oponerse á que vayan á Málaga.

Saltemos otra golondrina y otra estrofa en la que reprocha, el Sr. D. Antonio, un consonante forzado y agrega:

Y ya se sabe que esto de los consonantes es una cosa que obliga á lo que no es creíble, ni justo, ni razonable.

¡Lo veo! ¡A cuánto de eso que Ud. dice le han obligado los consonantes..... ajenos!

Discute en seguida el Sr. Valbuena si hacen ó no nidos, las golondrinas, en invierno y concluye fallando que no los hacen.

Vamos, que no hay tal nido en Esnirma.

Ni en Tebas, donde dice otra que le tiene, en otro verso mal acentuado, ....

¡Qué peligro! ¡Pobre golondrina! ¡Con que tiene *un nido, en un verso mal acentuado!* ¡Pero hombre, eso se va á caer; habrá que apuntalar la casa!

¡Vamos, D. Antonio, eso sí que no lo dice la golondrina, ni lo dice el Sr. Puga; lo dice Ud. solito, pillín!

Llegamos ya al fin del primer *artículo* del libro. El autor aprovecha estos dos versos del Sr. Puga:

“El próximo verano  
Aquí nos hallará.”

Para decir:

Bueno. Pues también el Sr. Puga nos hallará en el próximo *artículo*.

Bueno. Lo que Ud. ha querido decir es que en el próximo *artículo*—capítulo sería mejor, tratándose de un libro—también se encontrará el Sr. Puga, pero no lo dijo; porque lo que es á Ud., Sr. D. Antonio, en un libro suyo es claro que lo hemos de encontrar no sólo en cada *artículo*, sino en cada página, en cada línea, en cada palabra; y esto aun cuando Ud. no quisiera.

Que si ha de querer. ¡Pues no faltaba más!

Conque

Bueno. Pues también el Sr. Puga nos hallará en el próximo artículo.

Vamos pues. En el próximo artículo me hallaré yo también con Udes.

Al próximo artículo, Sr. D. Antonio.



---

## II

Abramos el libro del Sr. de Valbuena y continuemos nuestra amena lectura. Entramos al *artículo II* que principia así:

Ya estamos aquí otra vez, Sr. Puga.

Buenos días, Sr. D. Antonio; ya estoy yo también aquí; *ya somos tres*.

No se olvide que hablamos de las golondrinas, que el otro día se estaban despidiendo....

“Y vuelan y trinando  
*Felices y contentas,*  
*Se alejan por el viento*  
*Y rápidas se van....*”

Es claro.

Pero mire Ud. Sr. Puga: la partida doble, que aplicada á la contabilidad es una gran cosa.....

Poco á poco, Sr. D. Antonio, la par-

tida doble no es cosa, ni grande ni chica.

... y produce excelentes resultados, aplicada á la poesía no sirve más que para aburrir á los lectores.

¡Bien hablado! Eso de partida doble aplicada á la poesía es abominable; y aplicada á la prosa no deja de serlo. Ya veremos pronto lo de la partida doble.

El Sr. D. Antonio copia el siguiente verso del Sr. Puga:

“Así de ébano negro....”

para decir:

Pero, ¿hay ébano blanco? .....

¡Qué ha de haber, hombre! O, ¿cree Ud. que el ébano es así..... como pechuga de golondrina?

Puede ser..... aunque yo, francamente, no lo conozco. Mas si no lo hay, sobraba el epíteto negro,....

¿Sobraba? es decir que ahora ya no sobra; ya, desde el 22 de Julio de 1893 en que se acabó de imprimir el libro del Sr. de Valbuena, ya se ha podi-

do decir *ébano negro*. ¡Vaya, algo es algo!

... epíteto *negro* que además está mal junto al *ébano*, porque son asonantes, y porque hay cacofonía en el *no-ne con que termina una palabra y empieza otra*.

Vamos por partes.

Primeramente nos dice el Sr. D. Antonio que hay *epítetos negros*, á lo menos él ha encontrado uno. Eso no me maravilla ni me maravillará que también los encuentre verdes y de todos los colores. ¡El Sr. D. Antonio suele encontrar tantas cosas!

Luego dice que ese negro epíteto está mal junto al ébano.

Con franqueza, no me parece tan mal. Creo que es muy natural y muy común que los negros estén junto á los ébanos, y que aun vivan al abrigo que les proporcionan los ramajes de esos árboles; empero, por dar gusto al Sr. D. Antonio, no veo inconveniente en que separemos al negro del ébano. El Sr. Puga no se incomodará porque le arreglemos su verso, mejorándolo, de esta manera:

“Ebano así de negro....”

Ya estamos todos contentos, Sr. D. Antonio.

Sigamos.

Tiene Ud. sobrada justicia al encresparse por la cacofonía que resulta del *no-ne* con que termina una palabra y empieza otra. ¡Caracoles! Eso de

“Ebanone nonegro”

no hay oreja que lo aguante.

Y, diga Ud., ¿eso escribió el Sr. Puga? Porque si así es, hay que suponer que en la imprenta del sucesor de J. Cruzado le enmendaron á Ud. la plana. En el libro que voy leyendo sólo se dice

“Ebano negro”

y la cacofonía resulta del *no* con que termina una palabra y el *ne* con que la otra empieza.

Adelante.

El Sr. de Valbuena tiene comezón por saber á quién manda, el Sr. Puga, que rompa un lazo que le tiene

atado; y le apostrofa de esta suerte:

.... Bueno; pero eso, ¿á quién se lo dice Ud., Sr. Puga, á las golondrinas, ó á los lectores?....

Porque todas *estas cosas* deben saberse,  
¡Hola! ¡Conque *estas cosas* deben!  
¿Y qué es lo que deben *estas cosas*?  
Pues, *estas cosas*, deben..... saberse,  
dice D. Antonio.

¡Ay, Sr. de Valbuena, á qué cosas  
tan tontas quiere Ud. obligar á estas  
cosas!

Y digo, ¿esos giros que emplea Ud.  
en la construcción gramatical son, en  
Ud., intencionales, ó naturales?

Porque se deben saber esas cosas.  
Pasemos.

El Sr. Puga habla, en una estrofa,  
de una mar azul; y el crítico exclama:

¡Oh! y le advierto á Ud. que la mar no es  
azul á la *argentada* luz de la *blanca* luna....

De noche, á la *argentada* luz de la *blanca*  
luna, la mar no puede ser más que blanca ó  
negra; blanca donde refleja la luna, y negra  
en la sombra.

No, no, Sr. D. Antonio; eso sí que

no: la mar no *es* azul, ni blanca, ni negra, esté ó no alumbrada por la luz de la luna. La mar *es* verdosa de día como de noche. Y una cosa es que *sea* de tal color y otra el que *parezca* ó se le *vea* de tal otro, á causa de tal ó cual luz que sobre ella se proyecta.

Otra estrofa:

“¡Oh raudos torbellinos  
Llevadme en vuestra bruma . . .”

¡Vaya! De suerte que ahora ya sabemos, ó presumimos, á quién mandaba el poeta, llamémosle así . . . .

¿Quién es ese poeta *llamémosle así*?  
Porque hasta ahora se ha tratado del Sr. Puga y Acal.

Y ahora que recuerdo, allá, en el artículo I, del libro del Sr. Valbuena, página 11, aparece por primera vez el Sr. *llamémosle así*. De modo que ya van dos veces que nos lo encontramos. Esto sí que es doble encuentro, digo, partida doble.

Lo malo es que los torbellinos raudos no suelen tener bruma, porque torbellino es una cosa, y bruma es otra.

Reflexionemos.

Los torbellinos no tienen bruma.  
¿Por qué no tienen bruma los torbellinos?

D. Antonio lo dice: "porque torbellino es una cosa y bruma es otra."

Y una cosa no puede tener otra cosa que no sea la misma cosa. Es decir; una flor no tiene pétalos, porque flor es una cosa y pétalo es otra.

¡Ahora sí, vamos, ya comprendo!

D. Antonio no tiene ombligo, porque ombligo es una cosa y D. Antonio es otra. Digo, me lo figuro.

Por el ignoto espacio  
Que el hombre no cruzó . . .

Eso lo dice Puga; y el crítico exclama:

Es verdad.

Si el hombre le hubiera cruzado, ya no sería ignoto.

¡Hombre, no tan verdad! Por ahí está ese MINATILLAN de que habla Ud., y de donde le escribieron, que es tan ignoto, ¡qué digo! más ignoto todavía que el ignoto espacio que el hombre no cruzó.

Pero en cambio de la mies, que ya no queremos que *sea dorada*, nos gusta ahora que *sea dorada*, y mejor todavía, que sea de oro la sintaxis.

A pesar de mi buena voluntad, me quedo en ayunas; no por falta de la mies ó cebada, que de seguro, va Ud. á ofrecermel; sino porque no entiendo eso de que

“...ya no queremos que *sea dorada*, (¿la mies?) nos gusta ahora que *sea dorada* (¿la mies?)

Nada; que es una charada, un acertijo, lectores, el parrafito de D. Antonio.

¿Ya se los digo?

Pues bien. D. Antonio quiso decir que en vez de que sea dorada la mies preferimos ahora que sea dorada la sintaxis; ó mejor todavía, que sea de oro.

.....de oro la sintaxis.

Vamos que sea fina, y no como la que emplea Ud. en esa estrofa.

¡Ah! El Sr. Puga *emplea* una sintaxis. Vaya, del mal el menos. Yo creía que no empleaba ninguna. Pe-

ro sí, emplea una; lo que sucede es que no emplea de las finas, sino de las baratitas; como quien dice de las de segunda. ¡Qué malo es eso de permitir en el comercio de ultramarinos, la venta de sintaxis de varias clases.

¿Y de qué marca es la que *echó* Ud., maestro, en ese párrafo de la *mies dorada*?

¿Le parece á Ud. que esa sintaxis está buena, ni medio buena?

No, señor, no.

No crean Udes. que esto se lo dice, D. Antonio, á sí mismo, a propósito del párrafo de la *mies*; no, se lo dice al Sr. Puga.

No, señor, no. Eso no está *de paso*.

¿*No ESTA de paso?*

¿Quiére Ud. decir que eso no va de viaje como las golondrinas de pechuga blanca? ¿O quiso Ud. decir que *eso no ES de paso*, que es de trote? Pues tampoco se entendería. Nada; Ud. quiso decir que eso no podía pasar, no era admisible, y, como de costumbre, no supo decirlo.

¡Vaya con el señor de Puga!

¡Eso no es verso ni es verdad, Sr. D. Antonio! Eso tiene nueve sílabas y para octosílabo le sobra una, creo; y la que le sobra es precisamente la *de*, que además de sobrar en la estructura del verso sobra en el sentido de la verdad; pues, el Sr. D. Manuel, no es *de* Puga sino solamente Puga.

Y luego, *de* es asonante de *el* y están muy cerca uno de otro, palabra de por medio.

Y, por último, ¡qué oreja tiene Ud., Sr. D. Antonio! Oiga Ud. el principio de su verso:

*¡Vaya con.....*

¡Vayacón! ¡Si parece que dice Ud. *bellacón*!

Eso sí que *no está de paso*, Sr. de Valbuena.

Un poco más adelante, el Sr. D. Antonio, compadece á los que *tienen que leer* [sic] los versos del Sr. Puga; y comparando á esos lectores con Sísifo, por lo desgraciados, dice:

Pues así como Sísifo tenía que subir la piedra á la montaña, y cuando estaba ya con ella cerca *del alto*, se le caía y tenía que....

¡Alto!

¡Del alto! *De lo alto* se dice, Sr. D. Antonio.

Vamos, que Ud. tiene que saberlo. Estoy seguro de que, más de una vez, Frascuelo, Lagartijo, Mazantini, Cara Ancha ó el Gallito, le habrán enseñado á Ud. que se dice: "*largar una estocada por todo lo alto*," y no por todo *el alto*. Y todos esos señores, ya vé Ud., no son académicos, no hay motivos para desconfiar de ellos.

¡Vaya con el señor de Sísifo! ¡Pobrecito! ¡Tener que subir una piedra *del bajo al alto* de la montaña; y cuando ya está en *el alto*, la peña se le rueda *del alto al bajo*.

....se le caía y tenía que volver á subirla de nuevo;....

¡Soleta! Conque *vuelve* á subir de nuevo, *del bajo al alto*, por supuesto?

Y no sólo vuelve á subirla, sino á subirla de nuevo. ¡Pobre Sísifo! Si á lo menos la subiese de viejo, de cuando

en cuando, eso interrumpiría un tanto la monotonía de su tarea.

.... subirla de nuevo; así el lector de las estrofas de Ud., cuando está para concluir una y cree que la va á entender, se confunde, *se hace un lio*, ....

Que se confunda, pase, Sr. D. Antonio; ¡pero eso de que después de confundirse se *haga un lio*, el lector! ¡Ni que fuera serpiente de cascabel!

¡Hacerse un lio! Yo concibo que cualquiera se haga la barba, que se haga..... vamos, lo que Ud. quiera; pero ¡un lio!..... vaya eso sólo á un académico se le ocurre.

.... un lio, y tiene que *volver á empezar* á leerla, para no entenderla tampoco.

Y diga Ud., ¿vuelve á empezar *de nuevo*?

Para ser consecuente debió Ud. decirlo así; no sea que Sísifo vaya á sentirse con Ud.

En seguida copia el Sr. de Valbuena una estrofa de Puga, para decir de ella disparates, y termina su artículo II con este apóstrofe:

Vaya, Sr. Puga, que Ud. se alivie.

No hay necesidad del exhorto. El Sr. Puga, segun sé, está ya muy aliviado, y no ha vuelto á perpetrar versos desde ayer.

Yo soy quien me estoy poniendo malo. Me están indigestando los os-  
tiones-literarios que he ido cogiendo entre los ríos marinos.

No es grave cuidado: un sedlitz doble lo arreglará.

Dejemos aquí al Sr. Puga y á las pobres golondrinas, tan mal tratadas por él y tan bien vengadas por Ud.; y aunque Ud. no me invite, tendré el gusto — bueno ó malo — de acompañarle en el *artículo III* de su interesante libro.

Esto será en el próximo artículo.

---

---

### III

Capítulo III del interesante libro  
del Sr. D. Antonio.

¡Bonito porvenir!....

¡Vigorosa entrada! Parece así como quien dice..... ¡bonito toro! cuando acaba de salir al coso un berrendo en negro de la ganadería de Veragua..... ú otra.

¡Pues nada! Lo que acaba de saltar no es más que una interjección del Sr. D. Antonio, aplicada á un periódico titulado *El Porvenir de México*.

Es un periódico del que, entre otras cosas, dice D. Antonio que

....se llena, de versos. O llena de versos

á sus lectores, hablando con más claridad todavía.

Salvo el mejor parecer de Ud., Sr. de Valbuena, yo no veo gran mal en eso de llenar de versos á sus lectores, siempre que sea, así como Ud. dice, hablando con propiedad. Lo malo es llenar á los lectores de prosas, hablando sin propiedad; como acontece con cierto crítico que se le parece á Ud. un tantico ..... así, visto por detrás.

Porque en un solo número *les encaja* cinco composiciones .....

¿Sabe Ud. que hace mucha falta una *Fe de erratas* á la *Fe de erratas* para saber qué quiere decir eso de *les encaja*?

Parece como que Ud. ha querido decir que, el tal periódico, á más de llenar de versos á sus lectores se *los encaja*. Pues eso se dice sin redundancia, Sr. D. Antonio; diga Ud. que ese periódico *mecha* con versos á sus lectores.

... cinco composiciones, *llamémoslas así*...

*Llamémoslas así.* Tercer encuentro.

Eso ya pasa de partida doble, Sr. D. Antonio; eso ya puede llamarse partida triple.

Se tira luego el crítico sobre una composición de un Sr. R. P. Molina y va *desriñonando* al pobre autor, diciendo *tonterías sin gracia* semejantes á las que ya le hemos conocido.

Copia esta disparatada estrofa del Sr. Molina:

“Yo quiero ser el eco  
De melodiosa trova  
Llegar á tus oídos  
Haciéndote reír....

y dice:

¡Diantre! Vea Ud. lo que son las cosas...  
Si no quisiera Ud. más que eso último, *estaba* Ud. servido indudablemente.

¡Si no quisiera Ud., *estaba* Ud.

¡Diantre! Vea Ud. lo que son sus disparates, Sr. de Valbuena..... Si Ud. quisiera cuidar de las concordancias, yo *estaba* servido y contento.

El pobre Sr. Molina dice este otro disparate:

“Y luego sosegado  
Quedarme por tu alcoba....

y D. Antonio se escama y dice:

¡Recóncholis, qué osado!

Con que *¡recóncholis!* Vamos, me ha llenado el ojo la palabrita. La guardo para el café.

“Sonriendo y silencioso....”

(*Vaya un verso abundoso!*)

Como que tiene ocho sílabas en lugar de siete; porque *sonriendo* tiene cuatro, y *silencioso* otras cuatro. De modo que, aun *haciendo sinalefa*....

¡No, no, por Dios, Sr. D. Antonio; vale más malo por conocido que bueno por conocer! ¡No *haga* Ud. *sinalefas*, no las *haga* Ud., Sr. D. Antonio; es preferible que *sigan* Ud. *haciendo*, digo *escribiendo*, *sobre rípios*!

....haciendo sinalefa en la *o* final de *sonriendo* al unirla con la *y* todavía queda un octosílabo hecho y derecho.

¡No lo dije! Sino vale que Ud. eche los hígados *haciendo sinalefas*.

Ya ve Ud. que *haciéndolas* ó no, el *octosílabo* resulta siempre de *ocho sílabas, hecho y derecho*.

“Y luego....”

Este y luego le repite Ud. sobre unas siete veces en la composición.

¿Qué es eso de *le* repite?

Vamos, que no cabe duda que sus ripios *les* escribe Ud. empleando la sintaxis de oro.

El hombre se nos presentaba como un *calavera deshecho* . . . . .

¿Cómo se presentarán los *calaveras deshechos*? ¿Y qué será *calavera deshecho*? ¿Alguna cosa en descomposición putrefacta . . . . .?

¡Puf!

. . . . . deshecho; pero no hay que creer en apariencias. Al cabo y á la postre . . . . .

¡Hola! No sólo *al cabo*, sino también á *la postre*.

¡Hombre, eso sí que es particular! ¿Cómo se dirá en español: *albardasobre aparejo*?

Al cabo y á la postre nos resulta un doctrino . . . . .

¡Nos resulta un doctrino!

¡Un lobanillo en mala parte es lo que temo que va á resultarle al Sr. D. Antonio!

Vamos, ¡conque resulta un doctrinario!

¡Claro! Con razón dijo Ud., un poco antes, que era un calavera *deshecho*.

Y yo, ¡zopenco! ¡que no entendí la sutileza de Ud.!

¡Pues si está muy claro! Calavera deshecho; es decir, calavera descalaverado, calavera arrepentido.

Natural es que al cabo—y también á la postre—*nos* resulte doctrino.

Hemos llegado al fin, al cabo y á la postre del capítulo III.

Agárrense bien mis lectores que vamos al IV.

¡Cómo está la sociedad!

Creo que eso no es pregunta: pero si lo fuera contestaría á Ud.:

“La sociedad está bien, Sr. D. Antonio, muy contenta y muy divertida; los ripios de Ud.—los propios—la desopilan el bazo.”

Es decir, ¡cómo la pone un *poeta* mejicano en el mismo número del periódico de la gimnástica, que *ya ustedes conocen*!

Ese *ustedes*, somos los lectores del Sr. de Valbuena.

Y ¿qué es lo que nosotros conocemos; el periódico ó la gimnástica? ¿O las dos cosas? ¿O ni una ni otra?

“¡Que ya ustedes conocen!”

¡Qué bonito! Con perdón,—y sin él—Sr. D. Antonio, se dice *que ya conocen ustedes*, ó *que ustedes ya conocen*.

¿Ya Ud. sabe?

En el mismo número, sí, en el mismo número del *Porvenir de México*, y poco después de los antojos del Sr. Molina, vienen *otros versos en que arremete contra la sociedad otro poeta* que se llama . . . .

¡Versos en que arremete contra!

Compóngale, compóngale, Sr. D. Antonio, no le mérme.

. . . que se llama . . . . Bien dice el refrán, que “en todas partes cuecen . . . . Velardes.”

O si no cuecen, por lo menos *debian cocer*, . . . .

¿Debían cocer?

¿Qué tiempo es ese? Yo creo que, Ud. no *debía*, sino *debería* masticar un poquito las conjugaciones de los verbos españoles.

Porque lo que es este Velarde, que así se llama el poeta mejicano aludido, es terrible, mucho más terrible que el otro que teníamos acá y que *se nos murió* hace poco.

¡Se les murió, á ustedes!

No lo entiendo, pero lo siento.....  
por el buen parecer.

Pero el poeta, *llamémosle así*, ....

¡Otra vez! Ya tenemos cuatro en-  
cuentros. Eso es partida cuádruple.

.... *llamémosle así*, suple el silencio de la  
interpelada, *y se contesta á sí mismo*.

¡Ah! El Sr. *llamémosle así* viene  
ahora supliendo; vamos, como yo, que  
soy regidor suplente.

Bien. Pero lo que no entiendo es  
que *se contesta á sí mismo*, Sr. D. An-  
tonio! Si al menos se contestara á sí  
otro..... vamos, digo.

¡Qué afición á las *pes*!.... *Pútridas, putre-  
facción, profundas, postreros*. .... Podrías pa-  
sar, pésimo poeta, por pariente próximo de  
Pío Pita Pizarro;.....

¡Peste, petate, patetá, Sr. D. An-  
tonio! ¡Ataje, ataje Ud., que le va á  
dar algo!

.... Pío Pita Pizarro; aquel Gobernador

de Madrid de las tres pes y de progresista memoria . . .

Por lo demás, como dice Cánovas, me parece que en cuanto á energía en los calificativos no deja nada que desear.

Y sigue:

Vamos á ver.

¿Quién sigue: Ud., el gobernador de Madrid, Cánovas, el Sr. *llamémosle así*, ó el Sr. Velarde?

Porque se deben saber todas esas cosas, ó, como Ud. dice, todas esas cosas deben saberse.

Sí, conozco el sistema ese que tienen ustedes, los malos poetas, de llamarse á sí mismos genios . . .

¡Y dale! ¡*Llamarse á sí mismos!* ¡No, que se llamen á sí otros!

Y dígame Ud., Sr. D. Antonio, ya que conoce *el sistema ese* que tienen los malos poetas, ¿no conoce Ud. el sistema—sin ese—que tiene Ud. de escribir mal?

Saltemos unas páginas *en que*—como diría D. Antonio—el poeta y el crítico corren parejas disputándose la supremacía en majaderías.

Tú le rechazas . . .

Dice el poeta.

Aquí le alcanza D. Antonio:

Tú, suple sociedad, *le rechazas*, suple al poeta.

¡Cómo! ¡Cómo está eso?

¿Qué parte de la oración, digo, qué pronombre es ese *le rechazas*?

¡Eso parece de gramática vizcaina!

Pues mire usted, . . . . *Yo creo que tampoco será verdad* que la sociedad inmunda le haya hecho á usted todas esas . . . .

¡Yo creo que tampoco será verdad que le *haya* . . . .!

Diga Ud. que tampoco cree que *es* ó *sea* verdad esto ó lo otro, y lo entenderemos, Sr. D. Antonio.

El Sr. Velarde, apostrofando á la sociedad la echa en cara el haberle

. . . . "Traspasado con candente hierro."

Y el crítico dice:

¡Pero hombre! ¡Hasta eso ha hecho con usted? . . . . *No se le puede á usted creer* . . . .

¡No se le puede á usted creer!

¡No se le puede, D. Antonio, á Ud. tragar!

¡Ya me cansando con esas transposiciones voy! En una de caer fregó caldera!

El Sr. Velarde dice, en un arranque de pasión, que en su indomable frente se oculta la fuerza del *aquilón septentrional*.

D. Antonio se escama con tal disparate, y repara:

¡Atiza!

De modo que esa cabeza es una bomba de aire comprimido.....

¡Señor de Valbuena, señor D. Antonio, qué idea tiene Ud. de una bomba de aire comprimido!

¿Dónde ha visto Ud. eso que llama así y que se lo figura como una esfera ó pelota construida de aire comprimido?

¡Vamos, que Ud. habla de eso como si se tratara de pastillas de clorato de potasa comprimido!

Usted, de seguro, no se refiere á las máquinas; porque esos aparatos no son *bombas de aire comprimido*; no, señor, son bombas para comprimir aire.

Pero ¿por qué dice usted eso del *aquilón septentrional*? ¿Cree usted que hay aquilón del Mediodía? . . . .

*Regularmente; porque los malos poetas suelen ustedes creer unas cosas . . . .*

*¡Santa Virgen de Covadonga, váleme!*

*¡Qué par de renglones!*

*¡Eso, eso, Sr. D. Antonio, eso sí que es un lío, qué digo, un tambache!*

El Sr. D. Antonio dice *regularmente*; pero hay que adivinar que lo que quiso decir no es eso, sino *probablemente, seguramente*

*Lo que no tiene cuate es eso de “los malos poetas suelen ustedes creer . . . .”*

Ya sé ahora de qué marca es la sintaxis que *emplea* el Sr. de Valbuena. No es de la regular, no de la figurada, es de la *desfigurada*.

Sigue el Sr. D. Antonio con una lección de cosmografía á beneficio del Sr. Velarde y de no sé qué ciertos *siete bueyes de labranza*; y concluida la cátedra dice al Sr. Velarde:

Bueno: quedamos en que no vuelva Ud. á decir *aqulón septentrional*, . . . . .

¡Quedamos en que no vuelva!

¡Francamente, daría una peseta por haber escrito yo esa frase y oír los aplausos del Sr. D. Antonio!

En serio, Sr. de Valbueno; ¿son, esas, concordancias, ó música de Wagner?

Sigamos.

Exhorta Ud. al Sr. Velarde á perseverar en ciertos buenos propósitos, que éste expresa en rimas disparatadas, y le dice Ud.:

Eso está bien, que no se deje Ud. corromper el alma, *ni doble Ud. la frente* ante ningún poder ilegítimo.

¡Zape! ¿Y cómo va nadie á *doblar la frente*? ¿Ni cómo puede doblarse la frente?

Se dobla el cuello, se dobla la rodilla, se dobla, . . . . . vamos, se dobla hasta el cabo de Hornos; pero ¿la frente?

¡Ah! Sr. D. Antonio, Sr. de Valbueno, por lo que voy viendo estoy por apostar á que es Ud. académico;

y muy académico; sólo que lo es solapado, clandestino, vergonzante. ¡Si se le adivina á la legua!

¡Doblar la frente! ¡Zapateta!

Vaya, lo que yo doblo es esta hoja  
y al próximo artículo, Sr. de Val-  
buena.

---

## IV

Nos despedimos del Sr. D. Antonio al concluir de leer su artículo IV.

El V se deja venir así:

Se ha observado que las personas cuyos nombres ó apellidos son de esos que expresan determinadas cualidades, *suelen* (1) tener las contrarias precisamente.

Es decir, que los que se llaman de apellido *Moreno* *suelen* (2) ser rubios, y los que se llaman *Rubio* *suelen* (3) ser morenos, y un *Homobono* *suele* (4) ser un bribón, y un *Candido* *suele* (5) ser un tunante, y una *Rosa* *suele* (6) ser un espantajo, y una *Pura* es á lo mejor.... cualquier cosa.

*¡Suelen, suelen, suelen, suele, súele, suele!*

*¡Media docena, cabalita!* Eso se cuenta como los calcetines. Solamente la *Pura* escapó de *soler*.

Muy bien, Sr. D. Antonio; eso de *suelensuelensuelensuelesuele*, es un trémolo magnífico. ¿Y cómo logró Ud. acomodar todo eso en tan pocos renglones?

En cuanto á la exactitud de la observación de Ud., relativa á los nombres que expresan determinadas cualidades, nada hay que objetar. Al contrario, mi experiencia lo corrobora—con aproximación, como en las loterías.

Figúrese Ud. que sé de un caballero apellidado *Valbuena* que nunca va á la buena; siempre va á la mala. En achaques literarios, digo.

Continuemos.

No sé yo sí....

¿No sé yo sí?

No sé si me entenderá Ud.; pero lo supongo.

No sé yo sí el Sr. D. *Salvador Cordero y Buenrostro*, que es el poeta, digámosle así,..

Este D. *Digámosle así* debe ser primo hermano de D. *Llamémosle así*.

Y van cinco. Esto es partida quíntuple.

Vean ustedes las tres décimas que ha escrito. *En el álbum de Asunción*, con la agravante de haberlas publicado.....

¿La agravante qué? ¿Décima ó Asunción?

... publicado después en *El Porvenir de Méjico*, y me darán ustedes la razón de seguro.

¿Cuál es esa razón de seguro? ¿Y por qué, ó para qué quiere usted que sus lectores—es de suponerse que á ellos se dirige usted—le den esa razón de seguro?

¡Nada, tonterías!

Que dice usted todo al revés. Lo que usted quiere, lo que usted necesita que le den, no es una razón de seguro, sino un seguro de razón.

¡Pues, hombre al avío! Diríjase usted á cualquiera de las compañías aseguradoras, y pax Christi.

Sigue, el crítico, tundiendo la pavana al Sr. D. Salvador por este par de versos.

*Mi ya insonoro laúd.*

*Que aún vibra en el ataúd...*

Bien merece la felpa el Sr. Corde-

ro y no la aplica mal el Sr. de Valbuena.

Ya pueden imaginarse, mis lectores, el partido que sacará de ese

*"Mi-y-in sonoro."*

y del

..... laúd  
Que vibra en el ataúd.

el Sr. D. Antonio.

Una página entera del libro para la felpa, y sin decir muchos disparates.

¡Eso ya va bueno! Aguarden, ustedes:

Porque el poeta, *llamémosle así*.....

¡Pero, han visto ustedes!

¡Este poeta *llamémosle así* es un ahuizote!

¡Seis apariciones! Eso ya es partida séxtuple.

El Sr. D. Antonio, pronto en el consejo, tardo en el ejemplo, amonestaba al poeta:

¡Ay, D. Salvador! Que no vale escribir al vultum tuum.... Hay que pensar lo que se escribe.

¡Eso es! Hagan como digo, y no como hago.

¡Mi plumaje es de esos, Sr. de Valbuena!

No hay dudar, hay que pensar lo que se escribe.

¡Y ya hemos visto cómo escribe el Sr. D. Antonio lo que, sin duda, mucho ha pensado!

Aquí va una muestra del estro del Sr. de Valbuena.

¡A través del océano  
Los genios se dan la mano!  
Mas dejémosle que acabe,  
Y vamos á echar la llave.

¿Entienden ustedes? .....

Pues es ésto:

Don Antonio opina que un Sr. Carrulla, que está de aquel lado del océano, es tan mal poeta como el Sr. Cordero Buenrostro, que está de este lado; y por eso dice que los genios se dan la mano á través del océano.

Lo cual es mentira y ..... disparate.

Convengo, Sr. D. Antonio, en que esos poetas se den la mano; pero ..... á

*través del oce-áno! ¡Como un cable telegráfico!*

*¡Exponerse á que los móstruos marinos hagan albondiguillas con las carnes de sus luengos brazos!*

No, Sr. D. Antonio, es más prudente que se den la mano por encima del *oceáno*, y no á través.

¿Y por qué acentúa usted la *a* en vez de la *e* en *océano*?

*¡Ah, ya! es para que puedan los genios, darse la mano.*

*¡Vamos que me temo que usted y yo nos demos la mano á través del oce-áno!*

Mas dejémosle que acabe  
Y vamos á echar la llave.  
(¿Y dónde la echamos? ¿Sabe?)

Esto sí que es geroglífico. ¿A quién vamos á dejar que acabe? ¿A los genios que se dan la mano?

Entonces habrá que decir:

“Mas dejémosles que acaben  
Y vamos á echar la llaven.”

¿O será al Sr. Carulla, ó á D. Salvador, ó al *oce-áno*? No lo entiendo; pero

“Vamos á echar la llave.”

¿Qué llave? ¿Dónde la vamos á echar? ¿Para qué la vamos á echar?

Nada, Sr. D. Antonio, eso de “vamos á echar la llave,” así nada más, sin que yo sepa cómo, por qué, y para qué, ..... ¡como la mona! ..... Nada de vamos, vaya usted solito en buena hora.

Y digame usted, ¿por qué regla *llave* es consonante de *acabe*?

Aquí se evacúa la cita que le resultó á usted cuando dijo que *brisa* no es consonante de *Niza*.

Y ya se vé que no lo es, como tampoco lo es *llave* de *acabe*.

Y no me venga usted con que los poetas convienen en que son iguales en sonido, la *v* y la *b*; porque los poetas, todos, me marean; los buenos más que los malos; y no les concedo autoridad más que para decir tonterías.

Ni es razón tampoco que me diga usted que en Castilla se escribe *vivir* pero se pronuncia *bibir*, y que lo mismo se dice *Balvuela* que *Valbuena*; porque el que ustedes los de Castilla

no sepan hablar español no autoriza á escribir disparates; y porque eso se-  
ría tanto como autorizar á toda la *vatería*—ó *batería*, que para usted es lo  
mismo—de aquende el *oce-áno*, á acon-  
sonantar *brisa* con *Niza* y *lacayo* con  
*caballo*; puesto que por acá, lo mismo  
se pronuncia *cayado* que *callado* y *bra-  
za* que *brasa*.

Pero sigamos.

Habla el Sr. D. Antonio:

Y aún suponiendo que el *crecer* sea errata  
y que usted escribiera *creer*, y que el verso  
diga:

“Podré *creer* por el cariño”....

...toda vía es *demasiado* largo, porque *creer*  
tiene dos sílabas en toda tierra de letras, y  
para que ese verso FUERA verso octosílabo  
*TENIA* *creer* que reducirse....

¡Para que fuera *tenía*!

¡Tendría se dice, Sr. D. Antonio,  
tendría!

A no ser que, por tratarse de un  
verso *demasiado* largo—como usted  
dice—haya usted querido decir que  
le faltaba ó sobraba esto ó lo otro pa-  
ra que fuera *tenía*;

Aquí suelta el crítico al Sr. D. Salvador Cordero y Buenrostro; y pasando á su articulo VI *hace por* un revistero anónimo, de Limache, Chile.

Tira un derrote:

Siento no saber cómo se llama (*el revistero*) para dejar aquí consignado su nombre porque merecía pasar á la posteridad.

Conque *¿merecía?*

Es decir, ya no merece.

Entonces, ya lo ve usted. Sr. de Valbuena, no hay por qué sentir el no saber el nombre del revistero.

Y, suponiendo que todavía lo mereciese, y que usted supiese su nombre *¿cómo* pasaría á la posteridad ese revistero? que eso no lo aclara usted.

¡Ah, ya caigo! Pasaría á la posteridad con el libro de usted. ¡Cabal! *¿Qué mejor pasaporte?*

Señor don Antonio, deme usted uno; yo también quiero pasar á la posteridad. Deme usted un pasaporte.

Aquí va mi filiación

Nombre .....	Ságito
Estatura .....	Dudosa

Edad.....	Regular
Peso.....	40 kilos
Pelo.....	Ancho
Frente.....	Negra
Ojos.....	Chatos
Nariz.....	Café
Boca.....	Poblada
Barba.....	Chica
Oficio.....	Escritor
Señas particulares.....	No sabe escribir.
Fiador.....	Rafael Sánchez.

Pero cuidado con equivocarse, Sr. de Valbuena; el pasaporte lo quiero para la posteridad; no vaya usted á destinarlo para la *posterioridad*.

¡Como usted escribe tan mal.....!

Volvamos al revistero.

Usted siente no saber su nombre, porque *merecía* pasar á la posteridad.

¡Vaya! Con más derecho que otros, puesto que escribe ripios en prosa. (*como usted;*) y esto es *más gracia*

¿Hombre, don Antonio, eso es alabarse *usted mismo, á sí mismo*.

Pero vamos á ver.

¿Qué disparate es eso de “*esto es más gracia*”?

¡Eso hiede á academia, hombre!

En lenguaje de mortales se dice:  
*esto es mayor gracia*, ó *esto tiene más gracia*.

Pero..... *jesto es más gracia*.....!

Nada, nada, lo dicho, Sr. de Valbuena: usted es *más academia* que el Sr. Carulla.

El incógnito revistero—que, en obsequio de la verdad, no escribe más que puros desatinos—habla de una reunión de señoritas y llama á éstas en general, “*joyas del paraíso terrestre*.”

El Sr. D. Antonio, con una discreción y una cordura que hacen hasta suponer que no es él quien lo dice, observa al señor revistero que en el paraíso no hubo joyas, que no se habían inventado,—se sobreentiende *todavía*—ni hacían falta; y pregunta:

¿Para qué quería Eva las joyas, si era tan hermosa sin ellas que no podía ser más?

Pregunta ociosa y ..... tonta, Sr. D. Antonio.

Eva no quiso joyas; ni pudieron an-  
tojársele, puesto que entonces no las  
había; usted mismo lo asegura.

Lo que hay es que Ud., que según  
parece conoció á Eva y sabe que era  
muy bella, quiso decir que aun cuan-  
do hubiera habido joyas en el paraí-  
so *para qué las habría querido* Eva  
si era tan hermosa sin ellas?

Eso es lo que usted quiso decir y  
no supo decirlo.

Y luego añade usted:

Las joyas las han inventado *las feas, an-  
dando el tiempo* . . . .

Me supongo que *feas* es adjetivo;  
y entonces ¿quiénes ó qué cosas son  
esas *feas*? ¿Quiso usted decir las mu-  
jeres feas?

Pues decirlo. Aunque tampoco se-  
ría verdad. Porque no son las muje-  
res feas las que han inventado las jo-  
yas, no; las han inventado los joye-  
ros; y no las han inventado *andando  
el tiempo*, sino trabajando con el cere-  
bro y con el cincel. ¿Estamos?

El revistero de Limache, haciendo inventario de las concurrentes, menciona á la

“Señorita Elena Schroders.”

Y Don Antonio dice:

¡Caramba! Como ponga por condición al que haya de ser su novio que aprenda á pronunciar el apellido, no se casa nunca la señorita Elena.

Y yo digo:

¡Señor don Antonio.....!

El Sr. de Valbuena encuentra—y con razón—que el cronista de Limache no tiene inspiración; y no teniéndola, opina, D. Antonio, que es imposible realizarla; y para convencernos de que es imposible hacer un guisado de liebre, cuando no se tiene una liebre, ni un gato siquiera, nos espeta un cuentecillo de un rapaz á quien un párroco le *preguntaba* después de haberle *preguntado*.....

Vean, vean ustedes:

—¿Está Dios en la bodega de tu padre?—  
le preguntaba el párroco después de haberle preguntado si estaba en otros *varios* sitios.

Vamos, Sr. D. Antonio; ¿conque, después de haberle *preguntado* le *preguntaba* si estaba en otros sitios? Digo mál; en otros *varios* sitios.

¡Con razón el rapaz se burló del Sr. Cura!

Un poco más adelante, el revistero que ha ido poniendo motes á cada una de las señoritas que enumera, llamando angel á ésta, perla á otra, estrella á una y hasta solfa á la de más allá, dice:

“Señorita Constanza Pini, timbre eléctrico....”

Aquí se desmayó el Sr. de Valbuena, y cuando hubo recobrado el sentido dijo:

¡Ave María Purísima, otra vez!

¡Caramba con el revistero de *La Unión*!

Bien dice el refrán que muriendo y aprendiendo.

Lo que prueba que D. Antonio no recobró el sentido por completo, después del desmayo.

¡*Muriendo y aprendiendo!*

¡Peste, Sr. de Valbuena!

¡Qué descarada y qué inconsecuente es la literaria personalidad de usted!

Descaro es achacar al refrán lo que el refrán no dice; é inconsecuencia y disparate es venirnos ahora con que *después de muerto se aprende*, cuando acaba usted de vapular al Sr. D. Salvador Cordero y Buenrostro por aquello del

*“laúd que vibra en el ataúd.”*

Ahí, página 43 de su libro, con muchísima razón se escandaliza usted porque el Sr. D. Salvador pretende *cantar después de muerto*; y ahora nos dice usted que *después de muerto se aprende*.

¿Y qué se aprende? ¿A cantar...?

Conque

....muriendo y aprendiendo

Porque yo creía haber leido ya todas las tonterías que se *pueden* decir en revistas de salones, como que *había* leido á Asmodeo, á Almaviva y á no sé cuántos más....

Figúrense ustedes qué hasta *había visto* comparar á una señorita con una ánfora griega, para decir que *tenía* las caderas bien formadas...

Y sin embargo, después de haber visto convertir á una señorita en ánfora griega, todavía me quedaba algo nuevo que ver, todavía me quedaba otro disparate mayor que oír lo del timbre eléctrico....

Me limito á subrayar, Sr. de Valbuena, los verbos que ha usado usted con elefantesca impropiedad en los tres párrafos que dejo copiados; y, para terminar este artículo, me complazco en tributar cumplido homenaje de rendida justicia á la modestia de Ud., Sr. D. Antonio; virtud que le envidio y que es tan rara entre los que, como Ud. y yo, nos dedicamos, por profesión, á solfear escritos ajenos.

Sí, Sr. de Valbuena; al asegurar usted que los mayores disparates que ha oido—y visto—son: llamar á una mujer ánfora griega y timbre eléctrico á otra, da usted una patente prueba de que usted no es de esos habladores que se escuchan á sí mismos;—como usted diría—usted no se embriaga con la exhuberancia de su propia magnilocuente verbosidad.

---

V

He aquí cómo empieza el artículo VII de *Ripios Ultramarinos*.

Si tu mujer se empeña en que te tíres por una ventana.... pide á Dios que sea *baja*.

¡Lo que hay que pedir á Dios es que mueva á don Antonio á que nos diga por qué quiere que sea *baja* la mujer del prójimo!

¡Si será para alcanzarla mejor!

¡Recóncholis, señor don Antonio, recóncholis!

No se alarmen, lectores: seréneuse los que tengan mujer baja;—de estatura, se entiende,—eso de *baja* quiso referirlo, el Sr. de Valbuena, á *ventana*; pero no supo hacerlo, porque el Sr. don Antonio no sabe tñday jà apr-

ciar la diferencia que media entre los verbos *ser* y *estar*.

Una ventana no *es* baja; puede *estar* baja, es decir, á poca altura del suelo; y esa es la condición que don Antonio aconseja se pida á Dios que tenga la ventana.

¡Vamos, señor de Valbuena, decididamente *soy* creyendo que *está* usted académico!

Sigamos.

En Nueva York, además de haber un tranvía, hay un editor.....

*¡Muriendo y aprendiendo!* como dice el señor don Antonio.

¡Conque en Nueva York hay un tranvía, y además un editor! ¡Hombre, que adelantada está Nueva York!

Dice el señor de Valbuena que ese editor Neoyorkino imprimió en 1890, con lujo, un tomo de versos de un señor Sellén: y que

El tomo lleva el título de *Poesías*; pero ya saben ustedes que no se puede hacer caso de títulos. Porque tampoco son duques de verdad, algunos que se titulan así.

¿Quiénes serán esos duques que se titulan *poetas* y que no son duques de verdad?

Averígüienlo mis lectores, si les da la gana; yo lo dejo de ese tamaño.

Sigamos.

El señor Sellén tiene dos maneras como *poeta*, aunque de letra bastardilla; una anterior al movimiento revolucionario iniciado en Yara, suceso que tiene para él importancia principalísima, y otra posterior á dicho movimiento revolucionario.

Aunque no es de uso común tener dos maneras, no es cosa de llamar la atención que el Sr. Sellén las tenga, ni que sean la una anterior y la otra posterior; pues esa sería precisamente la posición naturalmente indicada en el caso de tener las dos: pero lo que sí me sorprende mucho es que esas maneras sean de letra bastardilla.

Eso no lo entiendo, y cierto estoy que no lo entienden Gwynplaine ni Pierrot con todo y ser tan versados en indumentaria.

Sigue D. Antonio.

Lo triste es que las dos maneras *poéticas*, digámoslo así, del señor Sellén, se parecen algo á los dos chalecos del pobre Juan Vere-que.....

¡Vamos, ya las maneras resultan poéticas y además se parecen á unos chalecos!

Esto último lo comprendo: en los botones, en los ojales, se parecen los chalecos á las maneras; pero ¡eso de que sean poéticas! ¡Ni aunque sean las del Sr. Sellén!

Verdad que el Sr. D. Antonio no lo asegura, sino que dice *digámoslo así*.

Y con este *digámoslo así* ya conta-mos siete encuentros. Ya es partida séptuple.

Adelante.

A cada paso se encuentra uno en las poe-sias, llamémoslas así, del Sr. Sellén.....

¿Cómo, se encuentra uno?

Lo que es de esos *llamémosles así*, he encontrado no uno, sino siete y con este último son ya ocho. ¡Parti-da óctuple!

Esta estrofa del Sr. Sellén.

“Y la noche que yo anhelo,  
No es la noche *transitoria*  
Qué, *cuál sábana mortuoria*  
Envuelve en sombras el suelo.”

hace decir al Sr. de Valbuena:

Me parece, Sr. Sellén, que la noche que vuelve en sombras el suelo, aunque sea transitoria, como usted quiere, es negra; porque las *sombras son negras, como que son la carencia de luz*.....

Soy de natural benigno, y pasaré porque diga usted que las *sombras son negras*, Sr. D. Antonio, porque en rigor, no está usted obligado á saber lo que es lo negro; pero no puedo pasar porque diga usted que las *sombras son la carencia de luz*. No, señor de Valbuena, las sombras no son la carencia de luz, sino al contrario: las sombras son la manifestación de la luz; si no hubiera luz no habría sombras.

¿Comprende usted?  
Pasemos.

“Siempre os *deslizáis* tranquilas,  
Siempre murmurais serenas.”

Copia el crítico esos versos del Sr. Sellén y dice:

Que no, que no. Por más *deslices* que usted amontone, hasta hacer de la composición un puro *desliz*.....

No sé, ni pretendo averiguar, si real ó figuradamente es hacedero *amontonar deslices*; pero, suponiéndolo posible, Sr. D. Antonio, no admito que amontonando muchas unidades de una especie, se obtenga una sola unidad de la misma. Si usted ó el Sr. Sellén amontonan muchos deslices, obtendrán por resultado muchos deslices, amontonados, ó un montón de deslices, pero no un *desliz*. Si usted *amontona*, reales hasta veinte, por ejemplo, ¿tendrá usted un real, ó veinte reales? Si usted amontona sus ripios: académicos, aristocráticos, vulgares, ultramarinos, y los futuros ultraterrenos, ¿tendrá usted un montón de ripios, ó un sólo ripio?.....

Sabe usted, que, ahora que reflejono, esto último puede ser verdad..... ¡Si tendrá usted razón!

Un poco más adelante asegura el Sr. de Valbuena que

.....los rayos *de sol* si que son de fuego.....

que es como si dijéramos

*“los cañones de bronce* si que son de chocolate.”

Es probable que el señor don Antonio, haya querido decir “los rayos *del sol*;” y es posible que así lo haya escrito, y que el impresor sea responsable del disparate. Admito pues que escribió usted, señor don Antonio, “los rayos *del sol* si que son de fuego.....;” pero sepa usted que no son de fuego los rayos del sol. Es, sin embargo, tolerable que usted así lo diga, atendiendo á que hay muchos que hablan de labios de coral, rizos de azabache, dientes de marfil, etc.; y, mal de muchos.....

El artículo VIII del libro del Sr. de Valbuena comienza así:

*Me he encontrado con un libro.....*

*¿Se ha encontrado usted con un libro?*

Lo saludaría usted urbanamente, por supuesto. Y el libro, por la noche, contaría á sus amigos, en el café, que se encontró con el Sr. de Valbuena.

Al comenzar á leer la portada, cuyo primer renglón es este: "1887-1888" he creido que.....

¿Al comenzar he creído?

¡Pues vea usted, señor don Antonio: al comenzar á leer este artículo de usted creí que ya no encontraría nuevos disparates!

¡Pero nada, chasco redondo! aquí van unas muestras:

".....entre los más malos escritores....."

"Poesías compuestas por....."

".....que lo diga el premio llamado Cortina,....."

".....que lo diga una oda de un señor llamado Devolx....."

".....ya casi no se debe uno pasmar de nada;....."

Y otros muchos de menor cuantía.

El paciente, en este artículo del

Sr. de Valbuena, es un señor Eduardo de la Barra, académico, y por lo mismo pésimo poeta

Este Sr. de la Barra concurrió á un certamen literario con dos colecciones de *poesías*, y las dos colecciones fueron premiadas. Así lo dice el señor don Antonio, agregando

..... y ¡qué casualidad! las dos resultaron ser del mismo autor, del académico Eduardo de la Barra, que las *había* firmado con *dos seudónimos distintos* .....

Dígame usted, Sr. de Valbuena, ¿cómo concibe usted que pudiera el Sr. de la Barra, ni nadie, firmar con *dos seudónimos* que no fueran *distintos*? ¿con dos que fueran uno mismo?

Dos páginas más adelante dice el Sr. de la Barra

“Al buscar un nombre emocionado  
Hallé el tuyo, ¡oh poeta! .....

y usted escribe lo siguiente, Sr. don Antonio:

Pero ¿buscaba usted un nombre emocionado, buscaba usted emocionado un nombre, ó halló usted el nombre emocionado del

poeta? Porque no está claro del todo... y *era* bueno saberlo.

¡Terrible gálimatías, Sr. de Valbuena! Parece que usted escribió eso emocionado, muy emocionado.

Y de ese “*era* bueno saberlo,” ¿qué me dice usted, Sr. don Antonio?

¡Nada! ¿Qué va usted á decir? A mí, á mí, toca repetir á usted que *era* bueno que.....no, que *sería* bueno que aprendiera usted las conjugaciones españolas. Pasemos al artículo IX de los *Ripios Ultramarinos*.

*Puede que* se figuren ustedes que.....

Recuerdo á mis lectores que estamos en el artículo IX del Sr. D. Antonio y no en un figón. Lo advierto porque por eso de “*puede que*,” pudiera ser que se figurasesen que hablaba alguna maritorne.

Tiene, el Sr. de Valbuena, marcadísima inclinación por las transposiciones, y nada habría en ello de particular si no fuera que también tiene marcadísimo mal tino para cometerlas

Habla de una señora doña Emilia Pardo Bazán, y dice que, esa señora escribe mensualmente un *Nuevo teatro crítico*.

poco más que para su particular uso.....

¿Cómo será el *particularuso* de esa señora?

Porque la señora doña Emilia debe tener un *particularuso* muy particular; un *particularuso* que cada mes necesita un teatro, crítico y nuevo.

¡Válganos Dios, que cosas dice el Sr. don Antonio!

Sigamos.

El mismo Sr. de la Barra dice:

“Con reflejos verdi-rojos  
Como Sirio en su esplendor.....”

Con lo que hay para que el crítico disparate de este modo:

Me parece Sr. D. Eduardo, que le está usted levantando falso testimonio á Sirio....

¿Quién le ha dicho á usted que Sirio tenga reflejos verdi-rojos?

Usted *ha debido* de confundir á la simpática estrella con algún libro de doña Emilia.

¡Qué bien sienta á una estrella el epíteto *simpática*, Sr. D. Antonio!

Se conoce que usted no sabe á punto fijo lo que significan las palabras. Tuvo usted que llamar de algún modo á la estrella y..... zás, la llamó *simpática* como pudo haberla llamado *recóncholis* ó..... *llamémosla así*.

Así es el Sr. D. Antonio. A una estrella, de la magnitud de Sirio, la llama *simpática*; y posible es que llame, á una luçiérnaga, esplendorosa.

Ese prosaísmo del Sr. de Valbuena no es nuevo en él.

Oigan ustedes lo que dice un poco más adelante.

En fin, lo que yo dije hace algunos años: A cualquier cosa llaman chocolate en las casas de huéspedes.....

¿Vamos, Sr. D. Antonio, qué cosas tan transcedentales usaba usted decir, hace algunos años!

Siga usted:

No lo entiendo, y no paso adelante.

Paso á otra composición que queda más atrás.....

¿Y eso sí quiere usted que lo entendámos?

*No paso adelante, paso atrás.*

Como quien dice: "subamos abajo."

Bien, señor crítico, subamos abajo;  
sic itur ad astra.

El resto del artículo IX y también los X y XI de *Ripios Ultramarinos* contienen poco más ó menos los delitos de lesa gramática que ya he señalado á mis lectores en todo lo que precede.

Para terminar, presento á ustedes otra muestra de la vena poética del Sr. de Valbuena.

Pasando más adelante  
Dice el autor tan campante

Aquí se enmienda un poco el Sr. D. Antonio: esta vez no *pasa atrás*; *pasa más adelante*.

Dejémosle pasar; pero lo que si no pasa es ese redoble de tambor.

.....autor tan campante.

*¡Tortancampán!*

¡Qué oído, señor de Valbuena, qué oído!

¿Y qué es eso de *tortacompán*?

Quiere usted decir, *tortas con pan*?

Pues comerlas y no indigestarse  
con la partida doble.

Hasta la vista, Sr. D. Antonio.

¡Ah, me olvidaba!

El Sra. de Valbuena hace una de-  
claratoria que viene á sacarme de un  
error. Yo creía que el Sr. D. Anto-  
nio era matritense; no hay tal: es ga-  
llego.

El lo dice:

..... los gallegos son los que confunden  
así los tiempos. (De los verbos.)

La Sra. Pardo Bazán está de pláce-  
mes.

¡Hasta lueju dun Antoniu!

---

## VI

Hemos llegado al capítulo XII de los famosos *Ripios Ultramarinos*.

Dice el Sr. de Valbuena que el libro que ahora tiene *delante de los ojos*.

.....acaba de venir de Buenos Aires, y en la portada dice: *Domingo D. Martinto—Poesías*.

¡Vamos, un libro que *viene*, un libro que *dice*, y dice no donde quiera sino *en la portada*, debe ser un Sr. don Libro!

Y ¿qué es eso de *acaba de venir*, Sr. don Antonio?

Porque aun concediendo que ese libro tenga piés para *venir* y boca para *decir*, no se puede pasar que usted diga *acaba de venir*.

¿Por qué no dice usted de una vez,  
acaba de llegar?

Siga usted.

No tiene muchas páginas, ciento setenta  
y dos nada más, y aún de éstas, la mitad es-  
tán en blanco.

¿Conque la mitad están....., Sr.  
don Antonio?

Es usted de los que dicen: "la ma-  
yoría votaron por la negativa."

¡Buen provecho Sr. de Valbuena,  
buen provecho!

Y, dígame usted, ¿por qué acen-  
túa usted aun de esta manera: aun?

Si no es errata de imprenta, creeré  
que efectivamente se dan la mano á  
través del oceáno, usted y algunos paí-  
sanos míos que dicen, por acá, máiz  
país y ráiz.

Pero créanme ustedes; valía más que to-  
das estuvieran así.

¡Valía más.....! ¡Gallego redondo,  
Sr. don Antonio! ¡Gallego.....ma-  
drileño!

Adelante.

Parece que el Sr. de Valbuena, á  
juzgar por lo que llevamos leído, es

un poetáfobo de *chupa y daca la vieja*.  
¿verdad?

Pues nada; el Sr. D. Antonio tiene sus predilecciones, pero su gusto es detestable.

Vean ustedes:

Un Sr. Martinto dice, en una perpetración titulada *En el Hogar*,

En el fondo de antigua chimenea,  
Entre rojas y azules llamaradas  
El negro trozo de carbón chispea.....

Y don Antonio dice:

¡Cuánto más hermoso es *aquello* de Zorrilla, de donde lo del Sr. Martinto está imitado!

¿Ven ustedes? El Sr. de Valbuena encuentra *hermoso* lo que dice el Sr. Martinto; aunque le parece *más hermoso* todavía *aquello* de Zorrilla.

Ese *aquello*, queridos lectores, les parecerá á ustedes que se refiere á algo de Zorrilla que ya haya citado el Sr. don Antonio. Pues nada; que el Sr. de Valbuena, como no sabe lo que significan las palabras, dice *aquello* en vez de *esto* al referirse á una cita que aún no ha hecho.

Y la cita, *aquello más hermoso* de Zorrilla, es esto.

Hoy al fuego de un tronco nos sentamos  
En torno de la antigua chimenea,  
Y acaso la ancha sombra recordamos  
De aquel tizón que á nuestros piés humea..

¡Qué tal, lectores! ¿Qué tal gusto  
el del Sr. don Antonio?

Conque:

hoy al fuego de un tronco nos sentamos.

¡Caracoles, Sr. de Valbuena, esto  
de sentarse al fuego tiene sus bemo-  
les! ¡Ni que tuvieran ustedes posade-  
ras de salamanquesa!

En torno de la antigua chimenea

¿En torno eh? Pues no señor, nada  
de torno, que las chimeneas, aunque  
sean antiguas, están incrustadas en  
la pared y no puede estarse *en torno*  
de ellas. ¿Sabe?

Y el epíteto *antigua* en ese verso  
es un verso muy antiguo.

Y acaso la ancha sombra recordamos....

*¡Ya.....caso.....lancha.....!*

*¡Horror!*

*Ya caso lancha sombra recordamos  
De aquel tizón que á nuestros piés humea.*

¿Qué es eso de *sombra de un tizón*?

¿Y cómo humea el tizón á sus piés  
si están ustedes sentados en él? Si  
acaso, humeará á..... otra cosa pero  
no á los piés.

Don Antonio es así. No le gustan  
los versos; pero si algunos le llegan  
á gustar, de fijo son los peores.

El Sr. Martinto, para estirar un  
verso, escribe *sonriente*; y el Sr. de  
Valbuena dice

Así con diéresis, lo escribe el Sr. Martin-  
to, aunque ahí el *diéresis* no hace falta

¡Ya lo creo! Pero lo que sí hace  
buena falta, Sr. don Antonio, es que  
haga usted favor de decirnos por qué  
*masculiniza* usted “diéresis.”

¡Conque el *diéresis*! Sabe usted que  
al leer semejante disparate se me ha  
derramado *el bilis*, don Antonio?

Y, ¡vamos! que ya no sigo leyendo  
su capítulo XII.

Voy á asomarme al XIII.

.....y, especialmente, ensalzando los

versos del Sr. Mar..... tinto, que en *realidad de verdad* no lo merecen.

¡No hombre, don Antonio, qué bromista está usted!

¡Realidad de verdad!

¡Ja, ja, ja!..... ¡deje usted que me retuerza.....! ¡ja, ja, ja, ja!

¡Realidad de verdad! Si estará usted creyendo que no sabemos que no hay más que *realidad de mentira*!

Tiene la palabra el Sr. Martinto:

“*Culebrea en los aires y do cruza  
Su retorcido verso, brota sangre.*”

Ahora la tiene el Sr. de Valbuena:

Al fin ha dicho una verdad, la del *retorcido verso*.

Porque efectivamente, los *versos de las epístolas* del Sr. Mar..... tinto, suelen ser más *retorcidos que cuerno de cabra*.

Ahora la tengo yo:

Efectivamente, Sr. don Aantonio, los *versos de las epístolas* suelen ser más *retorcidos que cuerno de cabra*; pero es que cualquier cosa, por poco torcida que sea, es más *retorcida que cuerno de cabra*; porque los cuernos de las cabras no son *retorcidos*, Sr. de

Valbuena, sino ligeramente curvos. La curva que representan esos cuernos puede expresarse, muy aproximadamente, con la ecuación

$$\frac{x^2}{a^2} - \frac{y^2}{b^2} = 1$$

que, como usted ve, es la de una curva de segundo grado muy conocida de usted, á juzgar por sus escritos que son del género de esa curva.

Los cuernos *retorcidos* son los de los carneros y no los de las cabras, Sr. don Antonio; y sin duda quiso usted comparar los versos con los cuernos de aquellos animales.

¡Nada! que para usted lo mismo es cabra que carnero, lo mismo *ser* que *estar*, y lo mismo liebre que gato.

Vamos al capítulo XIV.

Advierto á mis lectores que si paso tan rápidamente de uno á otro capítulo, del libro del Sr. de Valbuena; no es porque no contengan éstos, disparates que señalar; sino porque anotarlos todos sería repetir constan-

temente gran parte de los que ya llevó señalados.

Desde aquí, pues, hojearemos el libro deteniéndonos solamente en las novedades, y acaso saltaremos algunos de sus capítulos.

Supone el Sr. de Valbuena que si Cristóbal Colón pudiera quejarse, se quejaría de los festejos que en honor del célebre navegante se hicieron con motivo del cuarto Centenario del descubrimiento de América.

Porque ¡cuidado que se han hecho cosas malas con la *disculpa del Centenario dichoso!*

• ¿Ven ustedes qué bonito?

Un señor Centenario, no se sabe si de nombre baustismal, ó llamado así por haber alcanzado la edad secular, es dichoso, mimado de la fortuna.

Este señor Centenario, según parece, da una disculpa. No se sabe á quién la da ni por qué la da. Esa disculpa es una cosa material, aunque no se sepa qué sea; pues él ó los que la reciben, que no se sabe quién

ó quienes sean, hacen con ella *cosas malas* que tampoco se sabe qué cosas son ni se sabe cómo se hacen ni para qué se hacen.

¡Ah, yo bien querría saber hacer cosas, aunque fuesen malas, con *disculpas*!

Haría moneda falsa.

¡Cuántos disparates, Sr. don Antonio, ha metido usted en un par de renglones!

Quiso usted decir que se habían hecho cosas malas *so pretexto de.....*, y dijo usted que se hicieron *con la dis-  
culpa de.....*; quiso usted decir *'el dichoso Centenario.....*, y dijo usted *el Centenario dichoso*; lo que no es lo mismo. Que no es lo mismo decir "Valbuena es un gran crítico" que "Valbuena es un crítico grande;" por más que esto último sea lo más probable.

Vamos, traduciré al español el párrafito de usted. Fíjese:

"*Porque ¡cuidado que se han hecho cosas malas bajo pretexto de celebrar dichoso Centenario!*"

### Pasemos.

¡Ah! Los ¡Congresos!.... ¡Cuántos disparates *será* bueno que se *hayan* dicho en todos ellos, desde el libre-pensador hasta el jurídico, desde el espiritista pasando por el literario, hasta el pedagógico?....

No, lo que es eso no lo traduzco; no soy fuerte en criptografía.

Dejando á un lado eso de *será bueno que se hayan*, ¿á quién, creen ustedes, que hace esa pregunta el Sr. don Antonio?

Pues á Rebeca. Lo digo porque en seguida ella contesta.

“Si tal había de suceder, *mejor era* no haber concebido,” decía la pobre Rebeca....

Aunque sospecho, por ese *mejor era*, que no Rebeca sino don Antonio es quien contesta. Rebeca se habría expresado mejor.

En el capítulo XVI, en el cual se ocupa el Sr. don Antonio de don Ignacio Lúchichí, dice este último:

“Se abren los jacintos, las camelias rojas....

El Sr. don Antonio objeta:

Todo esto, aparte de que habiendo *hecho usted rojas* á las camelias, aunque fuera para que *sirvieran de consonante* á hojas . . . .

Que no, Sr. de Valbueno, que no es el Sr. Luchichí quien ha *hecho rojas* á las camelias. Gran número de ellas *son* así;—como diría usted—las camelias rojas son una variedad muy abundante en esta y en esa tierras.

Ni menos las habría hecho rojas el Sr. Luchichí, para que *sirvieran de consonante* á hojas; no señor. Dado el caso de que D. Ignacio hubiese pintado así esas flores, lo habría hecho para que *aconsonantaran* con hojas; que no es lo mismo *aconsonantar* que *servir de consonante*; digo que no es lo mismo *hacer candeleros* que *servir de candelero*.

En cuanto á que el Sr. Luchichí haya escogido las camelias *rojas* para *aconsonantar* con *hojas*, convengo en que hizo muy mal. Mucho mejor habría sido que, para *aconsonantar* con *hojas*, hubiera dicho camelias *verdes*.

Echemos el anzuelo en el capítulo XVIII.

Un Sr. Roa Bárcena dice:

“La dicha á coronarte se adelanta,  
Risueño su ademán, gentil su arreo.”

Eso no agrada al Sr. de Valbuena  
y dice al Sr. Roa:

Pudo usted por ejemplo haber escrito:

“La dicha á coronarte se *adelanta*”  
Con guirnaldas de ortiga y de poleo....

Y *estaba* mejor.”

Sí, sí, Sr. D. Antonio, *estaba mejor!*

“¡Pudo usted hacer y *estaba* mejor!”  
Sigamos.

¡Ah! *Se me olvida* llamar otra vez la atención de ustedes....

¿*Se le olvida*, Sr. D. Antonio?

Y si se le olvida, ¿cómo es que la llama usted? Y si la llama, ¿cómo es que se le olvida llamarla?

¡Vamos que usted cierra un baúl y luego deja la llave dentro!

Avante.

Se trata de un soneto del citado Sr. Roa. Dice el Sr. de Valbuena:

*Los tercetos* comienzan con este desgraciadísimo verso: . . . .

¡Cómo! ¿Los tercetos, los dos tercetos, cada uno de los tercetos comienza con el mismo verso?

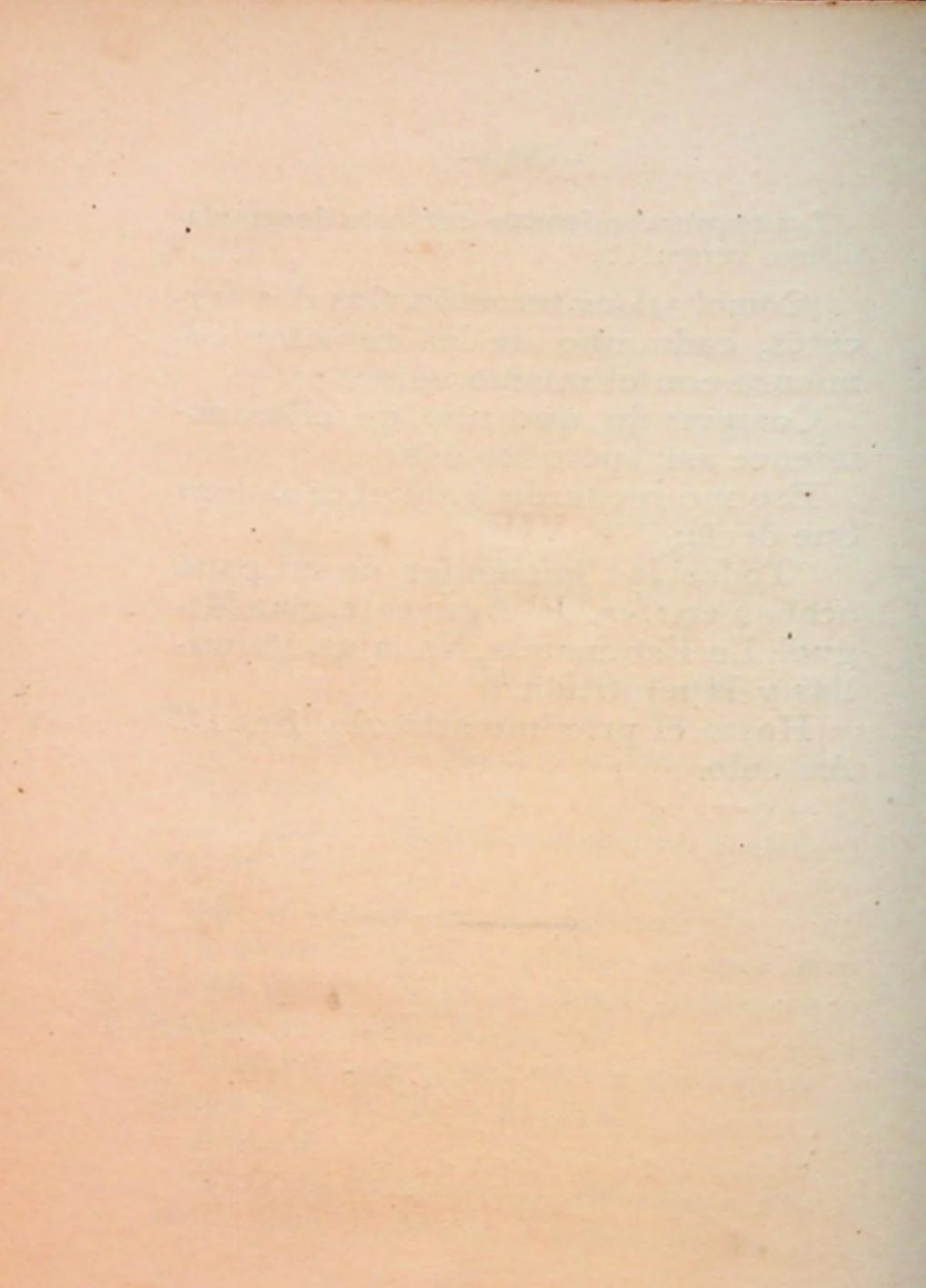
Comprendo que uno de ellos comience así; pero los dos?

Eso me recuerda á aquel caballero que decía:

“Todas las haciendas de mi papá acaban en *tlan*: El Aguacate, San Miguel, La Estanzuela, Navajas, Palmillas y Huejotitlán.”

Hasta el próximo artículo, Sr. D. Antonio.

---



## VII

¡Ea! Póngase en facha, Manolito, que es usted hoy el mono de la fiesta....

Quien no crea que así empieza el capítulo XIX del libro del Sr. D. Antonio, quien piense que calumnia al Sr. de Valbuena atribuyéndole el parrafillo que acabo de copiar, vaya y compre los *Ripios Ultramarinos*—un ejemplar vale doce reales—y convénzase.

¿Qué, no les parece á ustedes *demasiado* hermoso?

El Sr. D. Antonio confunde *demasiado* con *muy ó bastante*.

*Demasiado*, Sr. de Valbuena, significa más de lo necesario, más de lo justo.

Se ha *propuesto* por modelo á Roa Bárcena, aquel que se *propuso* á su vez por modelo á Cañete, . . . .

¡Quiere usted decirme, Sr. D. Antonio, qué entiende usted por *proponerse por modelo*?

¡Pero qué va usted á querer ni á poder decírmelo! ¡Si usted no sabe español!

Quiso usted decir que D. Manuel Gutiérrez Nájera *ha tomado* por modelo á Roa Bárcena, aquel que, á su vez, *tomó* por modelo á Cañete. ¿Verdad?

Pues ha dicho usted todo lo contrario de lo que quiso decir.

Lea usted su párrafo y verá que lo que dice es que el Sr. Nájera se propuso—á sí mismo—por modelo al Sr. Roa; es decir, le hizo proposición al Sr. Roa para que lo tomara por modelo; y á su vez, el Sr. Roa hizo proposiciones al Sr. Cañete para que este tomara á Roa por modelo.

¡Ha visto usted!

Creyó el infeliz que con . . . . decir que mis escritos están hueros de ciencia, ERA yo

hombre al agua, y de mis libro no se VOL-  
VIA á hablar en la vida.

.....!

Concluye el Sr. de Valbuena, su  
capítulo XIX en verso:

“Por mayor te respeto,  
Y en la cuadra te meto,  
Y la cíncha te aprieto,  
Y hasta otro reto.”

(*J Vaya un cuarteto!*)

El Sr. don Antonio dice “Y hasta  
otro *rato*,” pero me supongo que por  
error de imprenta está *rato* en vez de  
*reto*; pues este último se necesita pa-  
ra que *sirva de consonante* á los otros.

#### Capítulo XX

Manolín en verso.

¡No lo dije! Otro *reto*. El *rato* fué  
rata, digo, fué errata.

....habiendo ya saboreado ustedes á Ma-  
nolín al natural, se le voy á servir á ustedes  
ahora con patatas.

¡Vamos, Antolín.....!

Perdone usted, Sr. don Antonio,  
por poco me propongo por modelo á  
usted, sin querer.

Vamos, Sr. de Valbuena, ¿qué

quiere decir, *se le voy á servir á ustedes?*

Este Salvador es otro mal poeta mejicano, á quien también llegarán ustedes á conocer con el tiempo, si Dios quiere.

Y es á quien dedica su lucubración Manolito.

¿El Sr. Nájera dedica su *lucubración* á Dios ó al tiempo?

Y dice Gutiérrez á Díaz:

¡Ah, vamos! no es á Dios ni al tiempo la dedicatoria, sino á Díaz. Esta vez siquiera nos desengañó usted pronto. Gracias.

Don Manuel Gutiérrez Nájera dice:

Entre mirtos y rojas amapolas

Y salta don Antonio.

Pues no faltaba más sino que las amapolas no hubieran sido rojas!

Lo que quiere decir Sr. don Antonio, que usted conoce tanto de floricultura como de gramática.

Sí, señor; sí, hay muchas amapolas que no son rojas.

Capítulo XXI.

El último del libro del Sr. de Val-

bueno. El paciente en este capítulo es un señor Francisco Paz Soldán, quien se deja caer con una composición que lleva por título “*A Monseñor Fariñas.*”

El Sr. de Valbueno, antes de justificar al Sr. Soldán, nos da á conocer á Monseñor Fariñas como un cura andaluz y algo liberal, que por equivocación fué llamado á predicar en París la cuaresma de 1892 en la capilla española. Un cura socarrón que sólo adulaba á las colonias española y americana para que lo convidasen á comer. Un cura que promiscuaba con lo divino y lo profano.

No tengo valor suficiente para encontrarme, en un mismo capítulo con un cura, matalas callando, un mal poeta y un peor crítico.

Cierro el libro; y *proponiéndome por modelo* al Sr. don Antonio, termino mis *Solfeos* con la siguiente debida

### PROTESTA.

Si alguna cosa apareciere en estos *Solfeos* contraria á la fama literaria

y buenas costumbres del Sr. don Antonio de Valbuena, téngase por no escrita.

EL AUTOR.

\* \* \*

Habrán creído, mis lectores, que estos *Solfeos* tienen por objeto criticar, *tundir la pavana*, al Sr. de Valbuena y defender á las víctimas de *Ripios Ultramarinos*.

Pues que no.

Que criticar al Sr. don Antonio, sería perder el tiempo; y defender á otros.....pues sería lo mismo.

El objeto de mis *Solfeos* es demostrar, por una parte, que no hay, de académicos abajo, quien escriba dos renglones sin asentar cuatro disparates; y por otra, desvanecer un tanto la errónea impresión que domina á la generalidad de los lectores haciéndoles suponer que un crítico, por el solo hecho de criticar, es muy superior al criticado.

Para las trece ó catorceavas partes de los que han leído los libros de Valbuena, el Sr. D. Antonio es poco menos que Espíritu Santo y poco más que papa;—entiéndase en buen lugar —para ellos el Sr. D. Antonio es infalible é..... inimitable.

Para fundar su opinión no examinan, no analizan el lenguaje del crítico; les basta conque critique á escritores de reconocido mérito.

Ajustándose á tal criterio, yo seré ahora, para muchísimos lectores de esos, un coloso literario, un pozo de gramática, un..... ¡vamos! ¿acaso yo sé todo lo que se figurarán que soy?

Y todo se han de figurar, menos lo cierto.

Y lo cierto es que no soy más que un disparatador, como cualquier académico.

Prueba al canto.

Repasemos alguno de mis anteriores artículos.

Por casualidad encontré aquí el V artículo.

Veámoslo:

Don Antonio dice:

Si tu mujer se empeña en que te tires por una ventana..... pide á Dios que sea baja.

Y yo digo; es decir, Ságito dice:

*¡Lo que hay que pedir á Dios es que muerva á D. Antonio á que nos diga por qué quiere que sea baja la mujer del prójimo.*

¡Jesús!

*¡Que, que, que, que, que, que!*

Si parece una gallina que acaba de poner, Sr. Ságito! ¡En tres renglones seis que! Usted debe ser un empacador de cartel! Estoy seguro que es capaz de acomodar seis pilones de azúcar en un sombrero.

Sigamos.

*¡Si será para alcanzarla mejor!*

*¡Cómo, alcanzarla mejor, Sr. Ságito!*

¿Qué quiere decir eso de alcanzarla mejor?

Nada, que usted quiere decir, *alcanzarla con mayor facilidad ó más fácilmente*, y no supo decirlo; como que no sabe lo que significan las palabras.

Siga usted.

....porque el Sr. D. Antonio no sabe todavía apreciar la *diferencia que media* entre los verbos ser y estar.

¡Truenos. Sr. Ságito, pues usted sí que sabe lo que significa el verbo *mediar*!

Conque una *diferencia que media* ¿he?

Pues no señor, sepa usted y no lo olvide, que entre los verbos ser y estar no *media* ninguna diferencia, pero sí *existe* ó *hay*, y esto último es más propio, una gran diferencia.

El Sr. de Valbuena, refiriéndose á un libro, dice:

El tomo lleva el título de *Poesías*; pero ya saben ustedes que no se puede hacer caso de títulos. Porque tampoco son duques de verdad algunos que se titulan así.

Y el Sr. Ságito exclama:

¿Quiénes serán esos duques que se titulan poesías y que no son duques de verdad?

¿Quienes serán esos que no son?

Oigame usted, Sr. Ságito, eso, ¿es adivinanza? A lo menos lo parece.

Siga usted.

Verdad que el Sr. D. Antonio no lo asegura....

Vaya, Sr. Ságito, del mal el menos. Ya que no sabe usted usar los verbos, más vale no usar ninguno; en boca cerrada no entran moscas; pero sepa usted que decir, como usted dice: *Verdad que D. Antonio, etc.*, es un disparate ininteligible aunque adivinable. Usted quiso decir *Es verdad que etc.*; pero dudando quizás si debía decir *es verdad ó está verdad*, optó usted por quitar el verbo de enmedio y..... salga el sol por donde quiera.

Vamos adelante.

Si usted ó el Sr. Sellén amontonan muchos deslices, obtendrán por resultado muchos deslices amontonados, ó un montón de deslices, ....

Aparte, Sr. Ságito, de lo impropia-  
mente que emplea usted el verbo *ob-  
tener*, nos sale usted con la perogrullada de *deslices amontonados ó un mon-  
tón de deslices*.

Ya, ya sabemos que á la mano ce-  
rrada se le llama puño. Eso sí que es  
un desliz, Sr. Ságito.

Sigamos.

El Sr. de Valbuena hace una *declaratoria*.....

¡Hacer una *declaratoria*! ¿Qué disparate es ese, Sr. Ságito?

Se hace una declaración, Sr. Ságito, digó, si se habla en español.

Por lo que veo usted diría con la mayor frescura hacer una *deprecatoria* y no una *deprecación*.

Mañana quizás nos hablará usted de la *Revolutoria literaria* que pretenden hacer los decadentes.

Y basta, Sr. Ságito, con un botón por muestra; que si me pusiera á señalar todos los disparates que ha escrito usted en sus siete *Solfeos*, ya tendría para divertirme.....!

Me despido, y pásenlo bien críticos criticados.

FIN.

# OBRAS DRAMATICAS

## De venta en la misma casa.

---

El Cuarto Mandamiento, por Pastorido, 1 acto .....	\$ 0 25
El Chisladó, 1 acto .....	0 25
Champagne frappé, por M. Echegaray, 1 acto .....	0 25
El fin de la carrera, (monólogo), 1 acto... Despertar en la sombra, por Cavestany, 3 actos .....	0 25
Después de la muerte, por Othon, 3 actos.	0 75
La Dolores, por Feliú y Codina, 3 acto ..	0 75
Un drama nuevo, por Tamayo y Baus, 3 actos .....	0 75
Mariana, por J. Echegaray, 4 actos.....	0 75
El pasado, por M. Acuña, 3 actos.....	0 50
Prólogo de un drama, por J. Echegaray, 1 acto .....	0 50
Guadalajara al vapor, 1 acto .....	0 37

## OBRAS POETICAS

La lira de la patria, por J. de D. Peza, 1 t.	2 00
Tabaré, por Zorrilla San Martín, 1 t. ....	1 25

## OBRAS EN PRENSA

La de San Quintín, comedia en tres actos, por B. Pérez Galdós.	2 50
El Sitio de Puebla, (en suscripción).	2 50
Memorias de Napoleón I, escritas por él mismo.	2 50